

Aproximaciones a la vida juvenil en ámbitos de pobreza urbana

*Silvana Sanchez**
CEA-CU - UNR

Resumen

El presente trabajo deriva de una investigación antropológica que realizo con jóvenes pertenecientes a contextos de pobreza y diversidad sociocultural en la ciudad de Rosario (Argentina).

Se presenta una descripción de un espacio específico de pobreza urbana con el objeto de explorar las experiencias de los jóvenes en tal contexto. El foco de nuestra atención se dirige a identificar las imágenes y prácticas cotidianas que los jóvenes construyen en circunstancias de creciente aislamiento y violencias múltiples.

Asimismo, intentamos desarrollar algunas consideraciones en torno a la relación de los jóvenes con la educación, atendiendo a las expectativas que generan los jóvenes pobres acerca del futuro.

Palabras Clave: Jóvenes - Pobreza Urbana - Experiencias - Violencias - Aislamiento

Abstract

This paper comes from an anthropological research done with young people in context of poverty and sociocultural diversity in the city of Rosario (Argentina).

A specific poor urban space is described in order to explore the experiences of young people in such context. The focus of our attention is put on identifying the images and daily practices young people construct, in circumstances of increasing isolation and multiple violences.

We also try to develop some considerations on the relationships between young people and school, taking into account the expectations for the future of poor young actors.

* Licenciada en Antropología; Facultad de Humanidades y Artes de la U.N.R.. Doctoranda en Humanidades y Artes (Mención Antropología), Facultad de Humanidades y Artes, U.N.R.. Miembro del Centro de Estudios Antropológicos en Contextos Urbanos (CEA-CU).

Key Words: Young people - Urban poverty - Experiences - Violences - Isolation

Introducción

El trabajo que aquí presentamos constituye un ordenamiento provisorio del material de campo relevado hasta el momento como parte de un proceso de investigación en el que abordamos el análisis de los modos de conformación de identidades juveniles en ámbitos de pobreza y diversidad sociocultural.¹

Juventud y pobreza, por múltiples razones, constituyen en nuestra sociedad dos condiciones que acarrear desventajas, y que conjugadas configuran a aquellos sujetos jóvenes y pobres como el grupo social con mayor nivel de incerteza y exclusión. Las dudas e inseguridades en la búsqueda de un proyecto de vida se presentan como un fondo común para los jóvenes de todos los sectores sociales. Pero en un contexto histórico de crisis, y dada la insuficiente contención cercana, en el caso de los jóvenes pobres el carácter incierto de sus búsquedas se acentúa dramáticamente.

En los actuales contextos de pobreza, ni la familia, ni el trabajo, ni la educación, ni las posibilidades de inserción en la vida urbana ofrecen al joven un aceptable nivel de certidumbre, contención y vínculos sólidos. Más aún, en ellas se generan experiencias "de dolor" para el joven. Bourdieu² ha puesto énfasis en todos los sufrimientos que resultan de las interacciones sociales dentro de esos "microcosmos" en los que se produce una confrontación directa de las diferencias que separan a clases, etnias o generaciones, y en donde se experimenta la propia posición ocupada en el "macrocosmos social". Así, da pistas para abordar las experiencias dolorosas que pueden tener del mundo social quienes ocupan una posición de inferioridad.

¹ Se trata de una investigación en curso que desarrollo para una tesis de doctorado en Humanidades y Artes con mención en Antropología (Facultad de Humanidades y Artes, U.N.R.)

² BOURDIEU, Pierre, *La miseria del mundo*, F.C.E., Buenos Aires, 1999.

El interés principal que orienta nuestra investigación es aportar, desde una mirada antropológica, a conocer la especificidad de la vida de los jóvenes en la pobreza. Asumimos que la juventud no es homogénea, sino que los modos de experimentar esta etapa varían en distintos contextos históricos y socioculturales. Por tanto, tratamos de aproximarnos a ese mundo contradictorio y heterogéneo de la juventud en la pobreza, avanzando en el conocimiento de sus prácticas, imágenes e interacciones, considerando los modos en que éstas se inscriben en las transformaciones políticas y económicas de las últimas décadas, y explorando las formas en que los jóvenes se constituyen en relación con tales transformaciones.

Tal aproximación nos parece una contribución importante como modo de complejizar cierta imagen social "exotizante" que se produce en torno a la juventud pobre en la actualidad.

Así, intentamos trabajar desde una perspectiva que no explique la situación de los jóvenes pobres por referencia a presuntas características patológicas de su conducta, y que tampoco lleve a la simplificación de concebir sus experiencias concretas como el resultado mecánico de ciertas transformaciones estructurales. Más bien se trata de abordar un conjunto de prácticas, situaciones y procesos a escala de sus configuraciones cotidianas.³

El trabajo de campo del que se desprende este artículo se desarrolló entre los años 2000 y 2003. Como parte del mismo se realizaron entrevistas en profundidad y charlas informales con jóvenes que habitan en una zona periférica de la ciudad de Rosario, y que presentan diferentes procedencias sociales, étnicas y regionales. Una aclaración metodológica importante se refiere al segmento de edad considerado, que incluye una franja que va de los 14 a los 26 años. Este universo heterogéneo tanto en la edad de los jóvenes, como en sus distintas procedencias y experiencias de vida, supone trayectorias y tradiciones diferentes que nos permiten acercarnos a conocer una multiplicidad de modos de ser jóvenes en la pobreza.

³ ACHILLI, Elena y otros, *Escuela y Ciudad. Exploraciones de la vida urbana*, UNR Editora, Rosario, 2000.

En lo que sigue, comenzaremos por describir brevemente el proceso de conformación del ámbito urbano de pobreza que hemos seleccionado para dar cuenta de las experiencias juveniles. Luego nos introducimos en la cotidianeidad de los jóvenes en tal contexto de pobreza, marcado por múltiples violencias y procesos que conducen al aislamiento, y finalmente nos aproximamos a considerar la relación de los jóvenes y la educación.

Una configuración de pobreza urbana

El ámbito urbano donde concentramos nuestro trabajo de campo está ubicado en la periferia de la ciudad de Rosario, dentro del Distrito Oeste⁴, y tiene la particularidad de ser un espacio de reciente conformación, a partir de la confluencia de dos procesos de transformación sociourbana: uno se relaciona con la implementación de políticas públicas de vivienda, y tiende a una concentración progresiva de conjuntos habitacionales en la zona - la que se intensifica desde fines de la década del '90-; el otro proceso se vincula a la expansión y densificación de "asentamientos irregulares", algunos originados en los '80, y otros de formación muy reciente.

En la base del proceso histórico de configuración de este espacio urbano se destaca el emplazamiento de algunos conjuntos de vivienda pública a comienzos de los '80, y la formación de un pequeño «asentamiento irregular» para la misma época. Más allá de estas concentraciones de viviendas, amplias áreas despobladas se extendían hacia el sur sin más interrupción que las vías del ferrocarril cruzando de este a oeste. Hasta el inicio de los '90 este territorio estuvo prácticamente deshabitado, y destinado en su mayor parte a la producción hortícola. Será en esa década que la zona empezará a adquirir un nuevo rostro, configurándose como asiento de numerosos planes habitacionales que en pocos años transformarán completamente el paisaje.

⁴ La zona considerada se halla delimitada por las calles Bv. Seguí al Norte, Larrea al Este, Vías del FFCC Mitre al Sur, y Av. de Circunvalación al Oeste.

Tras la instalación de un barrio para familias tobas, la construcción de viviendas, tanto por parte del estado provincial como municipal ha sido incesante y continúa hasta el presente. Lo que, suponemos, se inscribe como parte de procesos hegemónicos que parecen tender a la «concentración geográfica de la pobreza»⁵. En general se trata de programas destinados al traslado de poblaciones desde distintos asentamientos irregulares de la ciudad, la erradicación de los cuales se vincula con la realización de distintas obras públicas y más recientemente con la implementación del plan Habitat. Al día de hoy, el área exhibe una ocupación casi total, tanto por la instalación de estos distintos barrios, así como por el crecimiento constante de «asentamientos» que se van formando en los pocos espacios aún vacíos.

De este modo, se observa que este espacio sociourbano se encuentra en acelerada expansión, y en su crecimiento va concentrando un conjunto poblacional heterogéneo, con una gran diversidad de procedencias étnicas, regionales y de diferentes zonas de la ciudad.

Entendemos que dar cuenta de estos procesos de configuración urbana se torna relevante en tanto los mismos son expresión de profundas transformaciones que van más allá de cambios en el paisaje; sino que modelan la cotidianeidad interna en estos contextos, recorrida por múltiples tensiones y violencias, que son parte de la constitución de la vida y de las experiencias de quienes allí habitan.

Las conflictividades desencadenadas por los procesos de traslado y postraslado, las tensiones surgidas en torno a la apropiación/ocupación del espacio y a las distintas modalidades de acceso a la vivienda -legales e ilegales-, las situaciones derivadas del «desborde» de las instituciones públicas, principalmente escuelas y centros de salud, los conflictos que engendra la distribución de la asistencia social, junto con la segmentación y las rupturas de los conjuntos sociales presentes en la zona, son algunos de los núcleos de fricción que atraviesan la cotidianeidad

⁵ AUYERO, Javier, «Introducción. Claves para pensar la marginación» en WACQUANT, Lóïc, *Parias urbanos*, Manantial, Bs.As., 2001.

de este enclave de pobreza urbana, y que, sumados al crecimiento de la peligrosidad interna, la violencia y el aislamiento, conforman una imagen de los efectos de la marginación, la desigualdad y los cambios en el papel del Estado. Forman parte del marco en el que se constituyen las vidas juveniles en los actuales contextos de pobreza.

La cotidianidad juvenil en un contexto de aislamiento, violencia y abandono

El aislamiento y la marginación económica y social toman formas particulares en las experiencias de los jóvenes, y nos atrevemos a postular que por distintos caminos van conduciendo a una situación de «encierro» de los jóvenes en los territorios en donde habitan. Su cotidianidad transcurre en su lugar de residencia, en su barrio. El radio de sus desplazamientos es sumamente reducido, y en esto se conjugan restricciones de diversa índole. Indudablemente, existen limitaciones de tipo económico: comprar una tarjeta de colectivo la mayoría de las veces está fuera del alcance de los jóvenes, y en ocasiones ni se cuenta con otro medio, como por ejemplo una bicicleta, para desplazarse hacia otras zonas de la ciudad.

Sin embargo, aquí nos interesa mostrar cómo ese aislamiento marcado por limitaciones económicas, también se ve reforzado por la puesta en acto de distintas formas de prejuicio y discriminación hacia estos jóvenes en distintos ámbitos de interacción urbana.

Es innegable la existencia en nuestra sociedad de un imaginario social negativo referido a los jóvenes pobres, que combina delincuencia, violencia, drogadicción, SIDA, muerte, y los convierte en «sospechosos», en un «otro peligroso»⁶ que hay que evitar o mantener a distancia. Entendemos que esta imagen es propagada en gran parte por los medios de comunicación, pero en su construcción intervienen otros actores sociales, como la policía, el poder político, y el sistema judicial. Esta

⁶ MARGULIS, Mario (ed.), *La juventud es más que una palabra*, Biblos, Buenos Aires, 1996.

pertenencia a un grupo socialmente descalificado y estigmatizado genera en los jóvenes un malestar que en la mayoría de los casos los lleva hacia una suerte de «reclusión» en sus barrios de la periferia, por el miedo a los actos de desconfianza o a las actitudes de desvalorización de que son objeto:

«Antes iba al centro. Ibamos a los videos, a la Peatonal. Pero hace mucho que no voy, un año, un año y medio. No me gusta. La gente cuando vas te mira de pies a cabeza. Si vas mal vestido te rebajan», nos relata Pablo de un asentamiento irregular. *«No me gusta el centro. La gente te discrimina mucho, por el color de piel, porque vos sos morocho y el otro es rubio ya te miran mal (...) Yo soy regular, pero hay gente que quiere ser más que vos, bah, que es más que vos, económicamente, cómo va vestido, hay gente que es más que vos y no podés, te discriminan mucho.»*, nos dice otro joven del mismo asentamiento, transmitiendo el sufrimiento que le producen estas actitudes, generalizadas en la interacción social. Consideramos que la internalización de los estigmas que en estas instancias se ponen en juego, tienen consecuencias en la autoimagen que van construyendo los jóvenes.

También se menciona frecuentemente la experiencia de sentirse sospechados, cuando no directamente culpabilizados, ante alguna situación de delito o robo. Daniel del Barrio Toba describe el siguiente episodio: *«Acá en el barrio me siento bien. En otros lados no me gusta, en cada lado que pasa algo te agarran a tiros. Una vuelta fuimos a un barrio que era la casa de mi hermana. Se armó lío porque robaron una bici, y no éramos nosotros. Empezaron a tirar tiros de todas las casas. Nunca más fuimos. Era una villa, y decían que éramos nosotros porque dicen que vieron a uno con una bici igual, pero esa bici era de él, no era choreada. Y de esa casa, después le avisa a otro y a otro, y empezaron a los tiros. Y salimos corriendo, ese día zafamos todos. Acá en Godoy nos esperamos que llegaran todos y nos vinimos. Éramos veinte. Y nos quedamos en la casa escuchando música. De ahí nunca más quisimos salir.»* Es oportuno marcar que en los jóvenes de la comunidad toba se acentúa aún más la imagen negativa referida a los jóvenes pobres,

al incorporarse otro estigma, que es el de su pertenencia étnica. Así, el peso de la discriminación alcanza distintas dimensiones de la vida social. También el mundo del trabajo: «*Por ahí vas a pedir trabajo, y te miran así, te miran de arriba para abajo y te dicen que no (...) Te miran la facha y ya te dicen que no*». Expresiones de este tipo se reiteran numerosas veces en las entrevistas.

Jóvenes del grupo toba nos comentan que optan por no exponerse individualmente en una situación de búsqueda de empleo, como forma de eludir un eventual rechazo o de amortiguar el sufrimiento. «*Con el tema del trabajo, no muchos van a buscar trabajo solos (...) Por ahí van en grupo (...) Es por ahí que no reciben una discriminación tan grande, pero si uno solo va a pedir trabajo, encuentra un aviso en el diario y va a buscar trabajo, ahí tiene que sentir si se siente discriminado o no. Por ahí en grupo no se siente (...)*»

Más allá del dolor que se desprende de estos relatos, sufrido por los jóvenes en distintos ámbitos de interacción en la ciudad, queremos destacar que asumimos que los mecanismos de estigmatización no tienen la misma implicancia cuando el que los ejerce es el poder político o el poder económico. Asimismo acordamos con Trinchero⁷ en que el análisis de los procesos de estigmatización debe orientarse ante todo a desentrañar «cuáles son las condiciones sociales que hacen que un determinado grupo o sector social resulte estigmatizado». Por otra parte, sostenemos que estas experiencias, si bien no son incorporadas de manera mecánica, tienden a marcar límites y posibilidades en la configuración de las identidades de los jóvenes.

Como decíamos, creemos que la discriminación reviste otra gravedad cuando el que la ejerce es el propio Estado. Tal vez una de las caras más patentes que muestra el Estado en su accionar discriminatorio hacia los jóvenes en situación de pobreza, aflora a través de la represión policial, que los convierte en sus víctimas a través de distintas formas de abuso y maltrato: constantes detenciones, encierros en las comisarías, «gatillo

⁷ TRINCHERO, Héctor, "Entre el estigma y la etnicidad" en G. Karasik (comp.), *Cultura e identidad*, CEAL N° 144, Bs. As, 1994, p.106.

fácil». Esta acción represiva refuerza las fronteras sociales, las clasificaciones imperantes en la sociedad, y tiene expresión en el espacio urbano, en la medida en que la vigilancia policial se ejerce principalmente en ciertos ámbitos de la ciudad, como en la zona céntrica, que se convierte para los jóvenes en «territorio ajeno», que ellos deben evitar transitar.⁸

En otro plano, las experiencias de violencia interpersonal, si bien de otra índole que la violencia policial, también contribuyen a producir en los jóvenes la sensación de «no poder salir del barrio». Los relatos dan cuenta de la preocupación por la expansión de la delincuencia y la inseguridad en la sociedad. Según nos comentó uno de los jóvenes entrevistados: «*En los colectivos se arman unas bataholas bárbaras; si te ven que tenés unas zapatillas más o menos, te las pueden llegar a sacar (...) Cuando vas a bailar es terrible. Yo creo que la situación está totalmente desbordada (...) Esto de llegar así, que no podés salir.*» Otro joven lo expresó así: «*Yo ando acá en el barrio, a otro lado no voy. La calle está muy peligrosa; en cada esquina hay un loco con algo para robarte.*»

Así, además de la limitación que supone la falta de dinero para trasladarse, o para acceder a espacios de diversión, recreación, formación, o capacitación, la discriminación, la violencia policial y el temor a la violencia interpersonal, también se conjugan para producir cierto aislamiento del resto de la sociedad.

Notamos que entre los jóvenes de la comunidad toba, los mecanismos del prejuicio tienen otro cariz, por tratarse del grupo que ocupa el peldaño más bajo en la escala de las jerarquizaciones que están naturalizadas en nuestra sociedad, y por tanto, la imagen de su propio barrio como «refugio», ilustra con crudeza su forma de escapar al rechazo: «*nosotros nos sentimos seguros acá*», «*es como una ciudad esto para nosotros*», «*es como una pequeña sociedad así metida...*»,

⁸ SANCHEZ, Silvana, «Juventud y etnicidad. Procesos identitarios de jóvenes tobas en la ciudad de Rosario (Argentina), *Actas del IV Congreso Chileno de Antropología*, Santiago de Chile, 2002, Tomo I, pp.422-427.

«es nuestro mundo, todo pasa acá, todo pasa adentro». Sin embargo, el discurso de estos jóvenes muestra que en tanto por un lado se asume estar a gusto y seguros dentro de los límites de su barrio y su comunidad, por otro lado se siente la aspiración de alcanzar una forma diferente de inserción en la vida urbana: «salir de la comunidad», «ver qué pasa más allá de esta comunidad».

Por otra parte, la visión del propio espacio como un ámbito familiar y de confianza ha sido suplantada en muchos de los barrios bajo estudio, por una imagen que altera aquel antiguo sentido que el espacio de uno comportaba, y en donde lo que se enfatiza es una percepción de peligrosidad interna. Así, la sensación de inseguridad también toma forma en el corazón del propio barrio, donde los jóvenes se sienten desprotegidos y temerosos de sus vecinos -mayoritariamente también jóvenes- a los que ellos identifican como «los que escogieron el camino de la droga y la delincuencia». Esta situación de peligrosidad interna va remodelando todos los perfiles de la vida cotidiana, transformando las prácticas e interacciones, e impactando por ejemplo, en los recorridos por el barrio, a partir de la identificación de espacios y tiempos con distinto grado de peligrosidad; como nos cuenta Andrés de Barrio FONAVI: «Ahora el tema de la delincuencia invadió todo. Lo que es Rouillon, es imposible pasar, donde está la curva de la escuela, son los focos donde está la venta de marihuana, o están esperando que pase alguien en bicicleta para sacársela a la noche.» Y agrega: «Hay un solo lugar que está abierto las 24 horas, que es acá en la escalera 20. Ese kiosco está abierto, para lo que vos necesités está ahí, pero la delincuencia también está ahí, parados al lado de la ventana.» La sensación de inseguridad también tiene efectos en la rutina diaria del encuentro entre pares, que en el caso del FONAVI, por ejemplo, se «resguarda» debajo de cada monoblock, ya que así «no estás en contacto ni con los de acá, ni con los de allá. Estás ahí abajo, te movés dentro de ese núcleo bien reducido.»

No obstante, nuestro entrevistado no oculta su desconcierto ante lo que él define como prácticas «contradictorias» por parte de esos jóvenes vinculados al delito. Así comenta: «Es

contradictoria la conducta que tienen, porque, vos imaginate, acá hubo un chico que tuvo un accidente y necesitaba una silla de ruedas, y los que vos menos pensabas que iban a hacer algo, son los que lo hicieron, que son los chicos estos que están en la delincuencia y todo eso. Bueno, ellos organizaron un torneo masivo de fútbol, y con los fondos recaudados compraron la silla de ruedas para ese chico (...) Entonces es medio que a veces no sabés cómo tratarlos, o no sabés cómo van a reaccionar. Por ahí tienen actos solidarios, como por ahí tienen actos de vandalismo.»

Relatos como éste nos abren muchos interrogantes alrededor de la problemática de los códigos que orientan las prácticas de los jóvenes en estos contextos de pobreza. Nos plantean la inquietud de problematizar cierto discurso hegemónico que en general retrata a estos jóvenes como sujetos «sin reglas ni códigos», como «súbditos de la droga», como «la generación de los que rompieron los códigos de los barrios»⁹, subyaciendo la atribución de ciertas características patológicas a su conducta. Tal vez habría que pensar si no se trata de otro tipo de códigos gestados en la interacción cotidiana por quienes, aún compartiendo una situación de pobreza, constituyen el hilo más delgado de la trama, en un marco de fragmentación y ruptura de los lazos sociales. Sin dejar de subrayar que las expresiones de violencia crecen constantemente en los actuales contextos de pobreza, lo que intentamos es llamar la atención acerca de que tales expresiones violentas conforman un cuadro complejo, que nos habla de la experiencia contradictoria y heterogénea de ser jóvenes en la pobreza.

Por otra parte, debe señalarse que las prácticas de violencia refuerzan el aislamiento en que estos barrios se ven forzados a vivir, ya que, como plantea Auyero¹⁰ «violencia y aislamiento vienen de la mano». El ingreso de proveedores, taxis o ambulancias es cada vez más restringido, y, como nos dice un joven preocupado: «La delincuencia nos está aislando mu-

⁹ Diario Clarín, 22-05-2002.

¹⁰ AUYERO, Javier, op.cit.

cho. *Va a llegar un momento en que no va a entrar nada ni nadie al barrio.»*

Todas estas modalidades de aislamiento forman parte de un ciclo en el que las distintas formas de segregación se alimentan mutuamente, y en donde el alejamiento territorial resulta un claro correlato de la creciente marginación económica, social y cultural.

Nuevamente nos apoyamos en Auyero para plantear que la violencia interpersonal cotidiana, la violencia represiva estatal y la violencia estructural del desempleo dictan el ritmo de la vida diaria en los distintos enclaves de pobreza en la Argentina contemporánea.

Los jóvenes y la educación

En esta aproximación a la relación de los jóvenes con la educación, nos interesa concentrar nuestras reflexiones alrededor de dos cuestiones que condensan distintos procesos y situaciones:

1- Las trayectorias escolares se ligan con las carencias económicas y la necesidad de trabajar.

2- Los jóvenes desarrollan fuertes expectativas en cuanto a avanzar hacia niveles educativos superiores.

1- En general, las trayectorias escolares que hemos recogido trazan recorridos que incluyen situaciones de repitencia, abandonos temporarios, reinserciones y deserciones, que conforman una problemática muy amplia, en relación con la cual sólo tomaremos algunos núcleos relevantes.

En la mayoría de las entrevistas que realizamos, la no prosecución de los estudios aparece vinculada con las carencias económicas y la necesidad de trabajar. *«Dejé porque no podía pagar, porque me pedían fotocopias, me pedían esto y lo otro (...) y llegó marzo y no tenía los útiles, nada.»*, comenta Ricardo. Algo similar nos cuenta Martín: *«Uno, sabiendo que te hace falta esto, que hace falta algo para comer en la casa, y no tenés para las cosas de la escuela, y eso te revienta. Y yo lamentablemente tuve que dejar la escuela, y por ahí hacer alguna que otra changa.»*

En cuanto a la relación entre escuela y trabajo nos interesa empezar a plantear algunas reflexiones. En principio creemos que se trata de una relación compleja, y que en modo alguno puede articularse mecánica y linealmente trabajo con abandono de los estudios.¹¹ Sin embargo, también sería un error negar que la presión sentida por los jóvenes de estos contextos para contribuir con los ingresos hogareños tiene incidencia, tanto en los niveles de rendimiento escolar, como en las situaciones de intermitencia o deserción.

En general los jóvenes reconocen buena predisposición de parte de las instituciones escolares para contemplar la situación de quienes deben compartir el estudio con el trabajo. Sin embargo el panorama en este aspecto no es homogéneo, y de acuerdo a nuestras entrevistas, se evidencia un abanico que incluye niveles muy variables de flexibilidad por parte de las escuelas y de los docentes.

Algunas de las dificultades que se presentan ante la necesidad de combinar el trabajo con el estudio se reflejan en el relato de Ricardo: *«A veces me llevaba los libros al trabajo, y estudiaba cuando el patrón no me veía, o me decía: andá a buscar esto, a veces tenía que ir a buscar bolsas de portland, y me iba y tardaba yo, y en el camino me ponía a estudiar, a estudiar, a estudiar. Y me acuerdo de una vez que estaba estudiando ciencias naturales, me acuerdo que estuve así durante cinco días, y el día de la prueba no voy porque estaba remuerto, salía de un trabajo a las 12, y entraba al otro de las 2 hasta las 6, y me dormí, me acosté a las 6 y me levanté a las 10 y media de la noche y me quería morir (...)»*

En otro orden, un aspecto relevante que propicia la escolarización es la posibilidad de contar con suficientes ofertas educativas cercanas al lugar de residencia, de modo de facilitar el acceso y disminuir las deserciones por no poder afrontar los gastos de transporte, o disponer de más tiempo para los traslados.

¹¹ KONTERLLNIK, Y. y JACINTO, C. (comp.), *Adolescencia, pobreza, educación y trabajo*, UNICEF-Losada, Bs.As., 1996.

En este sentido el área urbana bajo estudio cuenta con una oferta educativa que resulta insuficiente en proporción al vertiginoso crecimiento poblacional que experimentó esta zona en el lapso de los últimos años, a partir de la instalación de los barrios nuevos. La reciente apertura de algunos anexos no parece bastar para cubrir las necesidades educativas. Así, para el cursado de EGB existen seis espacios escolares públicos -tres escuelas sede y tres anexos- de los cuales sólo dos ofrecen hasta 9° año, los restantes sólo cubren hasta 7°. Además funcionan dos escuelas primarias para adultos en el turno noche y una escuela privada. Recordamos que el espacio urbano a que nos referimos concentra más de quince conjuntos habitacionales y varios asentamientos irregulares densamente poblados. Con respecto al nivel polimodal, la situación es más crítica aún, ya que existe sólo un establecimiento, ubicado en el barrio Fonavi de Bv. Segui y Rouillon.

Otro núcleo importante en la temática que estamos tratando se vincula con la implementación de becas. Es muy valorada la posibilidad de contar con esa ayuda económica, y muchos jóvenes que habían desertado, retomaron sus estudios cuando lograron acceder a una beca, o al menos tener la expectativa de poder obtenerla. Precisamente, la centralidad que adquiere esta ayuda económica, desata numerosos conflictos que ponen en cuestión las modalidades de implementación y de selección de los beneficiarios.

2- Los jóvenes desarrollan fuertes expectativas en cuanto a avanzar hacia niveles educativos superiores. En los relatos de los jóvenes encontramos una clara aspiración de continuar sus estudios en un tiempo futuro, tal vez remoto y lejano, pero que está en el horizonte de sus anhelos, expresándose como un sueño que trasciende la falta de perspectivas ciertas.

No tan sólo se manifiesta la esperanza de finalizar la EGB o el polimodal (en el caso de quienes no han completado estos niveles) sino también una perspectiva de estudios superiores.

Un joven de Barrio FONAVI, de 26 años, nos habla de su proyecto de *«tratar de acomodarme un poquito mejor socialmente y económicamente para ver si el año que viene*

*puedo hacer algún estudio terciario, porque me gusta mucho el colegio, pero...»*¹²

«Estoy pensando seguir la escuela el año que viene. Terminar la escuela, yo quiero terminar. Yo estoy seguro, algo me dice que voy a terminar la escuela y después me gustaría seguir una carrera de profesor de lengua, pero eso lo veo muy distante, no me hago problema, por ahora estoy bien como estoy.», nos comenta Roberto de Barrio Toba, de 20 años, quien cursó con intermitencia hasta 8° año.

«Es lindo seguir la escuela (...) Yo maestro quería ser, cómo me alentaban los profesores!, me decían dale, que vas a llegar, y yo le daba para adelante, y después me bajoné en un momento y me tumbé y nunca más. Pero voy a seguir la escuela. Ojalá que pueda llegar a cosas como están ustedes /se refiere a las entrevistadoras/ y más todavía, en la Facultad y seguir más (...) Algún día voy a llegar, voy a tener 60 años pero voy a llegar», es el deseo de Juan, de 16 años, de la villa «la Amistad», que también cursó hasta 8° año, y actualmente está esperando su primer hijo.

Asimismo, un joven dirigente toba se refiere a la escuela como algo «vital», y no oculta el orgullo de su propia experiencia de estar cursando una carrera universitaria, logro que él considera como un estímulo para otros jóvenes: *«yo siento que los motivé a los padres para que manden a los chicos a estudiar.»*

Este interés que manifiestan los jóvenes por continuar y avanzar en los estudios, al tiempo que deja traslucir una valoración positiva de la educación, nos permite vislumbrar una autovaloración positiva del propio joven, que se considera a sí mismo capaz de enfrentar los esfuerzos que conlleva el estudio. Confesamos que, en principio, esta autoimagen positiva llama nuestra atención, en virtud de que se insinúa como un

¹² Nos parece importante contextualizar este testimonio señalando que se trata de un joven perteneciente a un hogar próximo a una tradición de clase media baja. Así, tanto por su edad (26 años) como por su trayectoria de vida nos permite visualizar la heterogeneidad de experiencias en la pobreza. Un aspecto que sobresale es que aún convive con su madre y hermanos, siendo que en general a esa edad se observa que otros jóvenes de hogares pobres ya han conformado su propia familia.

proceso contrario a las imágenes que sobre ellos se producen desde distintos ámbitos sociales, como vimos en páginas anteriores. En otros términos, el conjunto de mecanismos y actitudes de discriminación que recaen sobre estos jóvenes, indudablemente van quedando como marcas internalizadas que tienden a incidir en la configuración de una identidad desvalorizada.

Sin embargo, notamos que -implícita o explícitamente- aflora una estimación favorable de las propias cualidades y capacidades para el estudio.

No negamos, por supuesto, que en algunos casos se presenta una autoimagen desvalorizada, que emerge en expresiones como «*el estudio no es para mí*», «*no me da la cabeza para estudiar*», pero en este caso queremos reparar en las posibles raíces que sostienen el otro conjunto de expresiones autovalorativas.

Para comenzar a esbozar alguna hipótesis que nos permita dar cuenta de esta situación, nos parece importante tomar en consideración el fuerte estímulo para la continuidad educativa que proviene de distintas instituciones que están en contacto con los jóvenes. En gran medida son los docentes de las escuelas a las que éstos concurren, los que intentan contribuir a desarrollar un anhelo de continuidad de su formación. Y en otros casos, ese aliento proviene de distintas organizaciones, como centros deportivos o grupos religiosos. A partir de nuestra experiencia en este contexto, podemos conjeturar que la educación de los jóvenes se destaca como un tema prioritario para dichas organizaciones, que tienden a favorecer la escolarización y a incentivar la prosecución de los estudios.

En este sentido, pensamos que los jóvenes incorporan de alguna manera esta otra imagen que denota confianza en sus cualidades, y que les presenta a la educación como un camino deseable para sus vidas, más allá de todos los aspectos estructurales que en definitiva dificultan su concreción.

En relación con esta acción de «aliento» ejercida desde distintas instituciones, se torna enriquecedor tomar en cuenta algunos planteamientos presentados por Bourdieu¹³, que pueden

¹³ BOURDIEU, Pierre, op.cit.

tensionar las reflexiones que estamos formulando. El autor da cuenta de un accionar contradictorio por parte de la institución escolar, que en forma discordante abre y cierra aspiraciones, suscita «esperanzas y desesperaciones». Considera que la escuela, por un lado, eleva las aspiraciones de los jóvenes más carecientes económica y culturalmente, al separarlos provisionalmente de las actividades productivas, y los inclina al rechazo del trabajo manual, es decir, los insta a rechazar el único futuro que les resulta accesible «sin garantizarles en absoluto el futuro que parece prometer, y al cual les enseña a renunciar, definitivamente, por el efecto de destino de sus veredictos.»¹⁴

De este modo, plantea que los jóvenes están afectados de manera profunda y duradera por los efectos de una estada prolongada en la institución escolar, y esto se observa especialmente en su relación con el futuro, en donde la experiencia del fracaso en la escuela -y luego en el mercado laboral- desalienta «toda previsión razonable del futuro.»¹⁵

Esta mirada nos posibilita complejizar el análisis de las situaciones que estamos considerando, y a su vez nos insta a profundizar nuestras observaciones, y tal vez, re-discutir los verdaderos alcances de los mecanismos descriptos por Bourdieu.

En cuanto a las expectativas hacia el futuro, otra situación se vincula con la forma en que algunos jóvenes plantean una alternativa entre la prosecución de los estudios, o la posibilidad de realizar cursos de capacitación en oficios, opción esta última que aparece con una mayor valoración, en tanto vía para poder llegar a «defenderse». Incorporamos la visión de José de 23 años, quien cursó hasta 7° grado: «*Mi manera de pensar, a esta altura del partido, como están las cosas, no está para estudiar cielo y tierra, está para estudiar oficios, para hacer laburos, si no conseguís laburo, bueno, por lo menos te defendés (...) A lo mejor estoy equivocado por querer dejar la escuela, pero dejo la escuela para hacer otra (...) y por lo menos más rápido que la escuela te vas a defender (...)*»

¹⁴ BOURDIEU, Pierre, op.cit, p.164.

¹⁵ BOURDIEU, Pierre, ibidem.

En este orden de ideas, persiste el recuerdo del Plan Oportunidad por parte de aquellos que fueron beneficiarios del mismo. Se trata de un programa de capacitación laboral para jóvenes implementado desde la Municipalidad de Rosario¹⁶, y que aparece altamente valorado por la posibilidad del aprendizaje de un oficio para aspirar a una inserción laboral «*porque si no tiene trabajo un chico hoy, lamentablemente se droga y se droga, no tiene con qué cubrir ese espacio que tiene que cubrir (...)*» Pero a su vez, la misma instancia de la capacitación, dentro del marco del Plan Oportunidad, es destacada como una forma valiosa de «cubrir ese espacio». Tal vez sea el relato de Raúl, que participó en el Plan Oportunidad en el año 1998 el que mejor describe esto: «*Usted sabe que había chicos rebeldes ahí, de Villa Banana, yo supongo que tenían problemas esos chicos, y los ayudaron un montón. El profesor de lengua era muy bueno. Y otra también, M. que se llamaba; mientras escribía le preguntaba a cada chico, lo entrevistaba, si tenía problemas, y era bueno eso para nosotros, porque nos desahogábamos. Había uno que era drogado, uno que después fue a esas clases para dejar la droga, ese profesor lo ayudó (...)*»

Además, Raúl también señala el aliento que los docentes de ese programa les brindaban para reinsertarse en la escuela: «*Ese profesor cada clase nos decía: chicos, el año que viene anótense en la escuela que les va a servir mucho, y muchos chicos ingresaron, hasta yo, que también él siempre me decía: por qué no te vas a la escuela, siempre me insistía, hasta que dije bueno, vamos a intentarlo, y pasé, yo no pensaba porque hacía cuatro años que no iba, que no había ingresado a un aula.*»

Queremos plantear una última reflexión en relación a las distintas modalidades de apoyo y estímulo a la escolarización de los jóvenes. Creemos que, en buena medida, parten del supuesto de que la inserción en el sistema educativo formal puede significar un modo de contención, que aleje a los jóvenes de

¹⁶ El Plan Oportunidad se implementó en tres años consecutivos: 1998 (Plan Oportunidad 1), 1999 (Plan Oportunidad 2) y 2000 (Plan Oportunidad 3)

la violencia y el consumo de drogas y alcohol. Sin embargo, advertimos que la contención que puede significar el hecho de estar inserto en el sistema escolar, no neutraliza los efectos de un contexto sociohistórico excluyente y represivo

De hecho, los mismos jóvenes «escolarizados» participan de enfrentamientos violentos entre pares, o de la adicción a las drogas. Es decir, la idea que intentamos formular es que la penetración de esos procesos contextuales en sus biografías, excede los alcances de su inserción escolar.¹⁷

Palabras finales

La modalidad de abordaje que adoptamos en nuestro estudio intenta aproximarse a la cotidianeidad en que se desenvuelve la vida de los jóvenes pertenecientes a sectores de pobreza, a partir de la observación de sus prácticas específicas, y de la incorporación de la mirada de los propios jóvenes, atendiendo a la contextualización histórico-social de los procesos que se estudian.

De este modo, hemos procurado avanzar en la construcción de una mirada compleja en torno a los jóvenes en situación de pobreza, intentando dar cuenta de un conjunto de procesos que los van «encerrando», rastreando algunos indicios que nos hablan de ciertas expectativas hacia el futuro, en un marco en donde se multiplican fricciones y violencias que trascienden el ámbito de la ciudad, y que forman parte de procesos que hoy son mundiales, que se inscriben en el tipo de sociabilidades que se desarrollan en esta etapa del capitalismo, con la creciente desigualdad, marginación y desempleo.

¹⁷ SANCHEZ, Silvana, «Situación laboral y educativa de jóvenes de grupos familiares pobres», *Actas del VI Congreso Argentino de Antropología Social*, Mar del Plata, 2000, en CD.